

Los apóstatas del hombre

¡Y ahora tenéis razón! ¡Ahora confieso!
¡Vosotros a inventar! ...¡Yo a recogerlo!
Mas, si alguien os pregunta quién ha sido
de esta infamia el infame medianero,
respondédle: "Tú mismo, y lo ignorabas,
y contigo, la lengua de los necios".

José Echegaray.

Desde mis años de adolescente me han impresionado muy hondamente esos versos de Echegaray en su tragedia **El gran galecto**. Son la expresión patética del hombre lanzado al mal y la perversión por las lenguas y juicios de los que le rodean. Se ha dicho que quien perdió la confianza nada tiene que perder ya; el protagonista de Echegaray es la encarnación teatral de esta verdad. El hombre precisa y merece la confianza y la fe de sus hermanos los hombres.

La consigna de "piensa mal, y acertarás" mal se aviene con el mensaje cristiano; más no por eso deja de ser un lema muy vivido y practicado. Hay quienes se las dan de listos y avispados: ¡a mí no me la meten! Y los eternamente alertados andan y andarán desde siempre y hasta siempre rodeados de enemigos, porque es slogan suyo que la desconfianza es el principio de la sabiduría. De puro querer ver la luz del mundo se les vuelve sombría y opaca.

Todo esto que parece abstruso y sin blanco, no lo es tanto. Siempre me han llamado la atención dos clases de pastores. Se da la especie de los optimistas que, con el látigo recogido al brazo, caminan al frente de su grey. Ellos abren el camino y marchan aparentemente despreocupados; saben que los suyos les siguen y van ellos disfrutando todos los bellos panoramas. Cuantas veces se repite esta escena, vuelvo a sentir una gozosa extrañeza.

Hay también el grupo de los pastores pesimistas, sistemáticamente malpensados. Son los que caminan siempre tras el rebaño, con el látigo restallante, junto a sí el mastín agresivo y el silbido hiriente a flor de labios. Piensan que es el único medio de que no se les descamine el rebaño, y las ovejas toman a su cargo el darles la razón, como el Ernesto de Echegaray.

Estos dos cuadros me han apuntado siempre dos gestos humanos, antitéticos e indefectiblemente caracterizantes de educadores y dirigentes, gobernantes y líderes sociales. Los de la mano "dura" califican de débiles, liberaloides y faltos de convicciones doctrinales a cuantos se desentienden más o menos del látigo-guía. Lo importante es el caminar social ordenado, unido y uniforme. Aunque los hombres vayan mascando el polvo reseco del camino, que nadie se desvíe a degustar las hierbecillas de la orilla. Los "fuertes" no creen en el hombre, desconfían de él cordialmente, para ellos el hombre se define como el ser que peca. La libertad es un mal menor consentido por Dios, que ellos deberán achicarlo.

Mientras han apostatado del hombre y de toda empresa humana no "encauzada", paradójicamente creen en sí con fe total e incondicional. Su postura les lleva forzosamente a pintar la libertad ajena, como posibilidad para el mal; mas el líder "duro" halla en sí esa libertad con signo invertido: su libertad es posibilidad para el bien.

La conclusión que fluye de estos datos del problema es obvia: él, el hombre del bien, deberá ser, por especial providencia, el conductor de su pueblo. Está convencido —si no por vía intelectual y racional, sí al menos por sus propias vivencias circunstanciales— de la total bondad propia y de la esencial malignidad de sus prójimos. Este es el quicio de la actitud nazi y de su absoluta fe en el Partido; ésta la razón, para el Comunismo, de la confianza sin distinciones en la bondad incorruptible del Proletariado.

Mas nosotros, cristianos prestos a encarnar nuestro mensaje en la acción, debemos despertar en el interior de nuestros corazones la confianza en el hombre y en su bondad esencial, fe que dormita bajo las cenizas de las circunstancias históricas. No

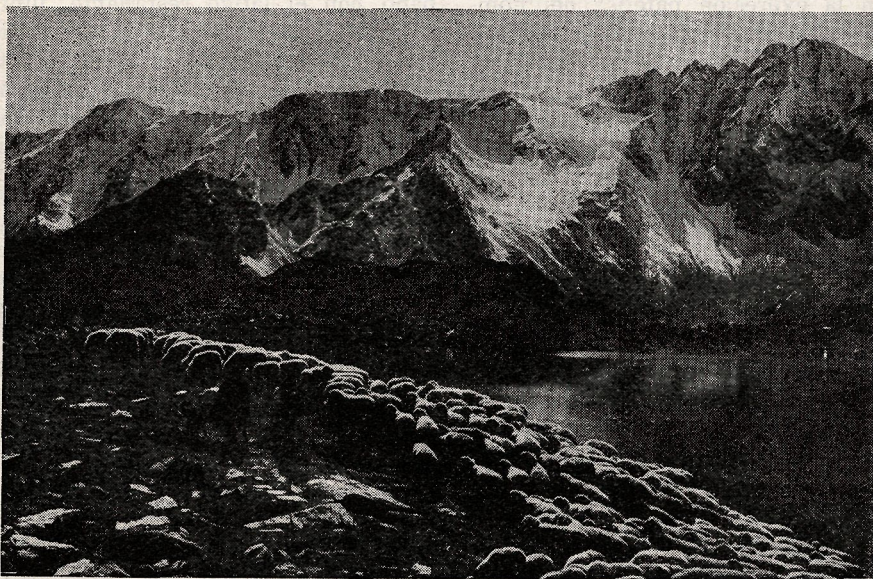
se trata de que nos volvamos cándidos, sino de que los árboles no nos impidan ver el bosque. Los ejemplares raquíticos son obra del hombre accidentalmente descarriado; pero el conjunto es bello y esplendente y va creciendo acunado por su Padre Dios.

Dios ha tenido la “debilidad” inequívoca y la suma confianza de crearnos libres, porque preveía que, al término de la empresa, triunfaría su Amor.

Triste quehacer el del hombre que se consagra a desconfiar del hombre, hijo de Dios, y a enmendarle a El la plana.

Creamos en el hombre, bueno desde su raíz, porque la confianza engendra lealtad!

Joseba Intxausti.



A nuestros colaboradores espontáneos hemos de manifestar que no podemos publicar sus originales (sino en casos excepcionales), ya que la Revista cuenta con su cuerpo de redactores fijos, y les señala de antemano los temas a tratar. No se den por ofendidos si no queda lugar en nuestras páginas para sus trabajos no solicitados, aun cuando fueran de indudable valor.